

la suerte de toda la cristiandad postrada á vuestros piés. Radicad, para nuestro consuelo y nuestra esperanza, en la obediencia de los pueblos y en las virtudes de aquellos á quienes habéis confiado el gobierno de las naciones, esta gloriosísima victoria de vuestra palabra, de vuestro poder y de vuestro amor en los principios, en las esperanzas y en la conducta del mundo político. Acábesese de afirmar esa paz que solo existe donde se respeta vuestro Nombre, y que ella tenga larga vida sobre la tierra: que no vuelva á interponerse nunca la nube de las pasiones y de los errores entre la Basílica de Pedro y el mundo pervertido; sino que ántes bien, fijes los ojos de éste en la nueva Sion, se admire y exalte allí la hermosura de vuestra gloria.¹ Reconocemos ¡ó Dios mio! vuestros atributos adorables en esta conmocion inaudita de la sociedad actual, y hemos sentido vuestro brazo entre los terribles sacudimientos del mundo político. Vuestra, sin duda, es esa señal de justicia que nos ha penetrado de terror al presenciar el fuerte sacudimiento, la turbacion espantosa de la tierra. No resta pues ¡ó Padre! sino que, pronunciando el *hasta aquí* de vuestra justicia, hagáis resplandecer, en la paz de los Estados, en el triunfo de vuestra doctrina, en el arraigo de las virtudes, en la extincion de los odios y de los partidos, en el progreso legítimo de la sociedad, los sublimes é inefables atributos de vuestra misericordia. Mandad que el mundo trastornado recobre su aplomo, calmad sus agitaciones, volvedle la serenidad, curad las heridas de vuestro pueblo, y cambiad en gozo perdurable los dolores y las amarguras que tan lastimosamente le han conturbado. *Commovisti terram et conturbasti eam; sana contritiones ejus.*²

(1) Ps. XLIX, v. 2—(2) Ps. LIX, v. 4.

ORACION FÚNEBRE

DEL ILLMO. SR. D.

JUAN C. G. DE PORTUGAL.

PRONUNCIADA

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MORELIA,

EL 19 DE NOVIEMBRE DE 1850,
EN LA FUNCION DE HONRAS DE AQUEL VENERABLE PRELADO.

Præterit figura hujus mundi.

Pasa la figura de este mundo.

I. Cor. cap. VIII, v. 39.

HE aquí pues los siglos, los hombres y los pueblos, la parte positiva de la grandeza y el significado propio de la gloria, el colorido verdadero de esos fantasmas seductores que, subyugando la imaginación esclavizan la existencia, el terrible y soberano resúmen del mundo y de su historia: símbolos tristes, emblemas de dolor, lágrimas y recuerdos. . . . Da un paso el tiempo, y las generaciones desaparecen: da un paso el tiempo, y los desengaños corren el triste velo por todas las ilusiones de la vida: da un paso el tiempo, y arrebatada de aquí la figura de este mundo, para hundirla en el abismo de la nada. *Præterit figura hujus mundi.*

¿Dónde está el Doctor esclarecido, que hacia correr hasta por las aldeas y descender hasta la inteligencia de las turbas el misterioso y sublime libro de la religion y de la lei? ¿Dónde está el sabio, que veia constantemente llegar á su modesto retiro los homenajes ilustres decretados por la admiracion al talento y á la virtud? ¿Dónde está el ciudadano eminente, que hacia triunfar la elocuencia en las tribunas de la nacion? ¿Dónde está el Mecénas, á cuyo noble arrimo se crearon tantas reputaciones insignes? ¿Dónde está aquel, cuya mano abierta, como su corazon, sobre las miserias de los pue-

blos, parecía multiplicar los panes para saciar á la multitud, y prodigaba dulcemente los consuelos á la humanidad atribulada? ¿Dónde está el venerable Pontífice, cuyo rostro encendido, como el de Moisés por el reflejo de Dios, persuadía la virtud ántes de desplegar sus labios, y predicaba la fe con sola su presencia? ¿Dónde está el Ambrosio de la Iglesia mexicana? ¡Ah! mis voces se pierden en el sepulcro, como los gritos del viajero en las vastas soledades: los recuerdos inanimados vuelven el eco del corazón; mas nuestros ojos, que ya no ven al grande Obispo, lloran sin medida y se fijan sin consuelo sobre ese monumento lúgubre terriblemente engalanado con los trofeos de la muerte.

La existencia humana, católicos, como los rios que atraviesan el inmenso golfo, cruza la corriente de los siglos, y estos mismos vuelan constantemente á sumergirse en el seno de la eternidad. De esta manera pasa cuanto vive sobre la tierra, presentándonos al mundo como una brillante quimera, como un ser fantástico, como una figura transitoria. *Præterit figura hujus mundi.*

¡Triste condicion de la naturaleza humana, pues ni la misma inteligencia está libre del dominio de la vanidad! “Si yo he de morir lo mismo que el necio, decia aquel magnífico monarca que habia hecho á los reyes tributarios de su genio, ¿de qué me sirve el haberme aplicado con el mayor desvelo á la sabiduría?”¹ Si en esto habian de terminar los nobles atributos y las producciones eminentes de tu alma sublime, Gran Pontífice, ciudadano ilustre, ¿por qué te consagraste con tanto afán á recoger en tu mente los rayos de luz que difundias por tu Iglesia y por tu patria, aprisionando tus dolores en las páginas de los libros? Tú sorprendias al mundo: ¡triste conquista, pues sorprendias una forma vaga, una imágen fugaz, una figura que pasa rápidamente para nunca volver!

Pero qué, ¡el oráculo del Apóstol proscribe para siempre los destellos de la sabiduría, y no deja ningun asilo para la verdadera gloria? Católicos; si el mundo es una figura, es porque tiene una realidad: si el tiempo arrebató su imágen entre sus olas, la eternidad aprisiona sus consecuencias y fija para siempre sus destinos. Muere el sabio, así como también el necio; mas la sabiduría verdadera, eterna como Dios, sacudirá el polvo de los sepulcros, para proseguir su magestuosa carrera bajo el esplendor perdurable de aquel astro que no tiene oriente ni occidente. Estas triste solemnidades liquidan el corazón y bañan de lágrimas los ojos: Dios nos deja llorar, porque es el Autor de la naturaleza, y ha dado á nuestra vi-

¹ Ecles. cap. II, v. 15.

da por morada un campo vastísimo de tribulación y de llanto: mas esa pira denuncia un gran misterio, es el trofeo de la religion sobre la muerte. Ese túmulo, levantado sobre los pavimentos de la casa de Dios, posando sobre sepulcros, oprimiendo las generaciones y mirando á los cielos, rival triunfante de las pirámides y los obeliscos, salva la gloria del naufragio del tiempo, é inclinando nuestra frente ante el *Supremo Rei para quien todo vive*, acrisola la virtud y garantiza la inmortalidad.

Si, católicos: ante ese luto sublime de la religion puede citarse al mundo, para que comprenda su origen, sus leyes y sus destinos. Ahí tenéis el pensamiento de Dios y el pensamiento del hombre, el poder de Dios y el poder del hombre, la gloria de Dios y la gloria del hombre. Bajo su base reposan los siglos; en su cúspide brilla la eternidad. Como la columna misteriosa de Israel, ese túmulo está juntamente bañado de esplendor y cubierto de tinieblas: si le veis por uno de sus aspectos, os revela con sus dolorosos emblemas el poder irresistible de la muerte sobre la magestad, la grandeza y la gloria del mundo: si volvéis á otra parte vuestros ojos, descubriréis con trasporte el triunfo de la virtud sobre el dolor, de la esperanza sobre la muerte, y de la eternidad sobre el tiempo.

El tiempo, católicos, con todo lo que mide en sus instantes y arrastra en su curso, es decir: el poder, la grandeza, los honores, la riqueza, la prosperidad, la sabiduría, la gloria misma, andan su carrera misteriosa presentando una faz á los cielos y otra faz al sepulcro. Con sus dos faces atraen al hombre, y el hombre dotado de libertad puede, como todo lo que posee, elevarse á la gloria ó inclinarse á la muerte, recibir la cadena de oro del tiempo que perece, inmolando en la nada cuanto mas grato le habia parecido en el teatro de la vida, ó bien hacerlo entrar todo en el pensamiento sublime de su fin, y arrebatarse al dominio del tiempo lo único que no le pertenece, las obras imperecederas de la virtud, que, dejando atras los siglos, vuelan á incorporarse de lleno en los atrios inmensos de la eternidad.

¡Desdichado de aquel que, apasionado irresistiblemente de las formas aéreas de este mundo que pasa, como dice el Apóstol, no tiene á donde volver su corazón cuando le falta un objeto querido! ¡Venturoso mil veces el que, viviendo siempre bajo el influjo consolador de la fe y de la esperanza, no pone sus afectos en las criaturas, sino para ver en ellas esa escala mística de caridad, por donde asciende el corazón hasta perderse en el seno de aquel Ser incomprendible y Eterno de donde emana toda la creación!

¿Qué me resta, pues, sino llamar el triste acontecimiento á la re-

gion de lo infinito, y asirme de la fe y de la esperanza, para mirar á mi héroe colocado ya en la eternidad? La Santa Escritura nos enseña que la muerte es como la vida: la vida será pues el bálsamo para curar la herida consiguiente á una pérdida tan dolorosa.

Hai hombres que vienen al mundo y se retiran de él de una manera desapercibida: hai hombres que al descender al sepulcro, miran volver á incorporarse en Babilonia, cubiertos de luto, pero sin perder sus encantos, ese pueblo de fantasmas que alimentaban su vanidad y su soberbia: hai otros que atan muchas lágrimas á su postrimera mansion, porque dejan en la tierra mil plantas parásitas, que solo vivian de su beneficencia y de su nombre, pero á los cuales no se les vió nunca volver á Dios lo que es suyo, y siendo benéficos é influentes, no se les pudo encontrar caritativos y santos. Hai otros, empero, que nacen á la fe, viven en el culto de la esperanza, y cierran sus ojos en el lecho de la caridad; que siempre atentos á su verdadero fin, tuvieron la firmeza noble de no reservar nada para sí, ni admitir cosa que no pudiera referirse á Dios, y que, para valerme de la expresion del Sabio, brillaron sobre los pueblos, presidiendo á todas las glorias, durante su vida, y bajaron al sepulcro precedidos de todas las esperanzas, acompañados de todas las virtudes y seguidos de todas las bendiciones, salvando así su nombre y sus destinos de las condiciones transitorias del mundo.¹

Bajo este punto de vista, católicos, intento colocarme y colocaros, para pagar este último tributo á la memoria venerable del ILLMO. SR. D. JUAN CAYETANO GOMEZ DE PORTUGAL, DIGNÍSIMO OBISPO DE MICHOACAN, EX-DIPUTADO Y SENADOR, EX-MINISTRO DE ESTADO, SOCIO DE VARIOS INSTITUTOS, ASISTENTE AL SOLIO PONTIFICIO Y CARDENAL *in pectore*² por la munificencia de Nuestro Santísimo Padre Pio IX.

¹ Si permanserit, nomen derelinquet plus quam mille; et si requieverit, proderit illi. Ecli. cap. XXIX, v. 13.

² Desde principios del año pasado manifesté Pio IX al Supremo Gobierno de la nación, que se hallaba dispuesto á conceder el Capelo de Cardenal á uno de los señores Obispos de México. El Supremo Gobierno designó al Sr. Portugal, lo cual recibí muy bien el Sumo Pontífice, aplazando su preconización para el consistorio de Setiembre. He aquí los documentos que hemos podido reunir sobre este punto; pues aunque hai otros que pudieran publicarse, como una carta del Sr. Valdivielso al Sr. D. Félix Malo, no los tenemos á la mano, ni los creemos necesarios, pues bastan los dos que trascribimos á continuación, por tener para el caso toda la autoridad que pudiera apetecerse.

³ Estuvimos próximos á ver condecorado con la dignidad de Cardenal al Obispo de Michoacan, el Sr. Portugal; más la muerte le arrebató, y hoy se pretende por no

¿Cuál es pues mi deber en tan triste solemnidad? Pintar la verdadera gloria describiendo la virtud, y manifestar que la virtud es inseparable de la religion. Encargado de pronunciar un elogio fúnebre en la casa del Dios vivo, debo revelaros el designio que está

sotros que se conceda esa dignidad al Arzobispo de México, y si no es posible, al Obispo que designe el Pontífice." (Discurso pronunciado por el presidente de la República mexicana, en la apertura de las sesiones del congreso de 1861, pág. 22).

ILLUSTRISIME ET REVERENDISIME DOMINE.

Nihil mihi gratius contingere poterat, Illustrissime et Reverendissime Domine, quam ut Sanctissimi Domini Nostri jussu has tibi scriberem litteras, quibus nuncium ad te defero, ipsum Summum Pontificem, cui apprimè nota sunt egregia tua in Catholicam Ecclesiam merita, statuisse Te in amplissimum S. Romanae Ecclesiae Cardinalium Collegium cooptare. Dum autem de hac tam eximio, ac singulari Sanctitatis tuae voluntate certiorum te facere vehementer gaudeo, Amplitudini Tuae significo ejusmodi Tuam ad cardinalatus electionem paucis post mensibus esse futuram, ut interim ea comparare possis quae ad tantam dignitatem sustinendam requiruntur. Jam vero, cum Summi Pontificis mandatis non mediocri certe jucunditate satisfecerim, Tibi jam nunc, Illustrissime et Reverendissime Domine, de hoc insigni honore ex animo summo gratulor, atque hanc etiam occasione avidissime amplector, ut praecipuos obsequentia mei in Te animi sensus profiteri a Deo Optimo Maximo exire exposcens ut fausta quoque, et salutaria. Amplitudini Tuae semper tribuere velit.

Dominationis Tuae Illme., et Reverendissime Domine,
Rome die undecima Maii 1860.

Addictissimus servulus,
J. Cardinal Antonelli.
Illme. et Rme. Domine Joannes Gomez
Portugal, Episcopus Michoacanensis.

ILLUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR.

Nada podía serme más grato, Illmo. y Rmo. Sr., que escribiros esta carta por mandato de Nuestro Santísimo Padre, y en ella participaros, que el mismo Sumo Pontífice, á quien son muy conocidos vuestros relevantes méritos para con la Iglesia católica, determinó asociaros al ilustrísimo colegio de Cardenales de la Santa Iglesia Romana. Y al disfrutar la singular satisfaccion de comunicaros tan especial distincion, hago saber á Vuestra Sra. Illma., que vuestra elevacion al Cardenalato se verificará dentro de pocos meses, para que entretanto podáis preparar lo necesario para sostener con lustre tan alta dignidad. A la vez que cumpla con grande placer los mandatos del Sumo Pontífice, os felicito muy sinceramente, Illmo. y Rmo. Sr., por un honor tan esclarecido, y aprovecho gustosísimo esta ocasion para protestaros los peunllares sentimientos de mi afecto hácia vos; rogando con encarecimiento al Dios Omnipotente conceda siempre á Vuestra Sra. Illma. toda prosperidad y salud.

Illustrísimo y Reverendísimo Señor,
En Roma á 11 de Mayo de 1860.

Vuestro muy adicto servidor,
J. Card. Antonelli.

Illmo. y Rmo. Sr. D. Juan Cayetano
Gómez de Portugal, Obispo de Michoacan.

representado en la vida del personaje ilustre y venerable cuyo sepulcro recoge hoy nuestras lágrimas y nuestros votos. Dios tuvo sin duda un designo cuando quiso reunir en una sola frente los laureles cívicos y las coronas sagradas; y este designo, católicos, nunca brilla con caracteres mas espléndidos que en la época presente. Nuestro siglo busca la gloria en lo positivo, cifra lo positivo en los goces, y reconcentra los goces en la esfera de los sentidos. Mas la religion juzga de otra manera: nunca separa de la gloria la virtud, y siempre funda en ésta los goces del espíritu, la paz de la conciencia y el sentimiento indefinible de una feliz eternidad. El mundo lleva ya mucho tiempo de querer introducir un cisma entre los atributos de la gloria, contraponiendo casi de ordinario á las glorias de la religion las glorias de la sociedad; mas la fe, mostrándonos á Dios al frente de todas las cosas, todo lo tiene sometido al imperio de aquella unidad celestial en la que todo vive, y de la cual no se desprende cosa alguna, sino para volver á la nada. En este punto la religion y la sociedad son tan inseparables como el buen cristiano y el verdadero patriota. La religion y la patria, católicos, vierten á la par sus lágrimas sobre ese sepulcro, y á mí me corresponde explicar este sentimiento comun, para que brille la gloria de Dios en esta santa solemnidad de la muerte, como resplandeció tambien durante el curso de una preciosa vida. Quiero hablar, ménos á la admiracion y al reconocimiento, que á la imitacion y á la virtud; y si traigo á la casa de Dios la imágen de la gloria que puede adquirirse en la sociedad, es para dejar profundamente grabadas en vuestras almas dos grandes verdades, nunca mas fecundas que hoy; porque nunca se ha trabajado mas en desnaturalizar las grandes ideas de la gloria, y en cortar el indisoluble lazo que une bajo la accion de la Providencia la idea política y la idea religiosa. Tócame, católicos, probáros con el resumen de una vida llena de grandeza, que la religion domina todas las glorias, pues forma no solo al sacerdote, sino tambien al ciudadano; que á ella pertenecen esos caracteres grandes, eminentes, sublimes, que han llevado á la mas alta perfeccion las virtudes sociales; y haceros por último sentir cuánto debe el mundo á la institucion augusta del episcopado. Sin embargo, al explicarme de esta suerte, no me propongo establecer una division, sino prevenir una consecuencia. A veces el método es demasiado frio, y el sentimiento es mas lógico de lo que se piensa. Yo referiré los hechos; vosotros decidiréis sobre la cuestion de la gloria. No intento preocuparos; debo, sí, dirigirlos.

PRIMERA PARTE.

*Cuando yo fuere elevado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas*¹. Esto decia Jesucristo pocos dias ántes de entrar al Cenáculo, pasar el Cedron, penetrar en el Jardín de las Olivas y subir al Calvario. Esto dijo el Salvador del mundo; y al explicarse de tal manera, pronunciaba una sublime profecía sobre el porvenir de la humanidad. Habló, y ya desde entónces los destinos de la sociedad, como los caracteres de la virtud y los atributos de la gloria, quedaron pendientes de la Cruz. Fuéron aquellas palabras la solucion indirecta de todos los problemas que se habian estado agitando de cuatro mil años atrás en la razon de los siglos y en el curso de los acontecimientos. La palabra tuvo ya una idea, y la idea tuvo una realidad en las virtudes espléndidas con que el cristianismo vino á enriquecer á toda la sociedad moderna.

La virtud, católicos, lo mismo que la verdad, tiene caracteres únicos, y por lo mismo, donde falten estos no pueden hallarse aquellas. Lo mismo sucede con la gloria. Si ella no ha de partir de la conviccion universal producida por un bien positivo, la gloria es una quimera, es una impostura, es una mentira. Yo bien sé que el mundo no piensa de esta manera: tan reducido en su comprension, como errado en su criterio, ni comprende la virtud, ni legitima nunca la celebridad: localizando siempre la virtud y la gloria, las hace morir. Rei de los sentidos y vasallo del sepulcro, vedle siempre vogar entre nacimientos y muertes, entre ilusiones y engaños, precipitar el torrente de su execracion sobre los hombres y las cosas que hayer estaban atrayendo sus incienso y su culto, desarrollar una constancia sin ejemplo en sus máximas, en sus opiniones y en su conducta, traer siempre á la discusion el merecimiento, inmolar la virtud en el escepticismo, y trasformar la gloria en un brillante fantasma que gira sin cesar entre el fanatismo y la duda.

La gloria sin embargo, católicos, como la verdad y la virtud, no podian tener condiciones tan efímeras ni destinos tan precarios: necesitaba sin duda principios mas fijos, medios mas seguros y resultados mas infalibles; y como la fijeza, la seguridad y la infalibi-

1 Joann. XII, v. 32.

hidad, en toda la extension de sus términos, no es posible que se produzcan jamas por una causa contingente, débil é inconstante, la gloria verdadera, como la verdad esencial y la sólida virtud, no aparecieron en su plenitud sino con la mision que trajo de los cielos el Santo Fundador del cristianismo. He aquí las verdades que brotan de toda la historia moderna, las convicciones que deja profundamente arraigadas, en el alma el estudio de diez ocho siglos. Desde que la virtud contó con un criterio y la verdad con una institucion, la fama tuvo un canal mas puro, y la gloria pudo atravesar sin inconveniente por la vasta carrera de los siglos, á pesar del inevitable término de todas las grandezas humanas. La gloria en otro tiempo parecia quedar solo para fecundar á los oradores é inspirar á los poetas. El genio especulaba con los recuerdos: la celebridad no tenia poder alguno para enjugar las lágrimas del corazon, y en este caso convendréis en que no era nada. Porque, católicos, si la gloria es para quien la conquista, ¿qué es la gloria cuando él ha perecido? Si no ha de ser para él jamas, ¿á qué fin darla el nacimiento? ¿con qué recursos puede contar el genio para inspirarse, ni la virtud para sostener sus terribles combates?

¡Felices nosotros, que podemos discurrir sobre la gloria enfrente de los sepulcros, y rendir ante la imágen siempre viva de la esperanza, los escombros de los siglos y los troféos de la muerte! La religion cristiana cifra siempre la gloria en la virtud; mas nunca reconoce la virtud fuera del círculo en que al mismo tiempo giran su accion y su pensamiento. Ella, católicos, ha bañado con su esplendor purísimo los Estados y los siglos que han vivido de su espíritu; pero es precisamente porque solo ella produce, afirma y conserva las virtudes sociales. ¿Qué prueba mas brillante pudiera daros aquí que la vida literaria y social del ilustre personaje que lloramos?

Sin duda que es un grande y bello espectáculo el que nos presenta una cuna en que se mecen juntamente las infancias del hombre, del genio, del honor y de la gloria; una vida donde comienzan á correr los anales del propio merecimiento, y á desenvolverse en la inteligencia y el corazon los gérmenes preciosos de la sabiduría y la virtud, como es bello á par que sublime ese criterio católico, que si admite las tradiciones de familia, la alteza de rango, la luz de una historia gentilíca, es como una comitiva exterior que se honra y engrandee con el mérito propio de la persona á quien rodea. El genio de esos grandes caracteres sociales que llaman con viveza la atencion del mundo, parece desdeñar con cierta magestad las fechas de privadas genealogías y el empeño de engrandecer las

dimensiones de una familia, para incorporarse de lleno en las épocas y darse todo á los destinos del género humano. El nacimiento y la muerte de los grandes hombres parecen coincidir con las épocas mas señaladas del mundo. Los antecedentes del genio y de las altas virtudes sociales tienen su rango de familia en el gran cuerpo de los bienhechores de la humanidad: sus fechas son en cierta manera históricas, porque vienen á refundirse, digámoslo así, en las que andan al frente de las vicisitudes políticas y morales de las naciones. Cuento en este número al ILLMO. SR. PORTUGAL, pues mientras de todas y por todas partes corria bajo las bases de la sociedad universal el tenebroso y horrible trabajo de una reaccion organizada contra el poder moral, filosófico y político de diez y siete siglos, vino al mundo juntamente con otros hombres insignes, á quienes preparaba ya la Providencia para reorganizar la sociedad. Tengo razon para creerlo así, vuelvo á decir, pues nacido diez y seis años ántes de la revolucion francesa, figura en nuestra historia patria como uno de los sabios mas esclarecidos que han explotado sus consecuencias políticas en pro de la República mexicana.

Aquel carácter enérgico, aquel juicio sólido, aquel espíritu noble y elevado, dieron su crepúsculo en el seno de su familia y desde los primeros dias de su infancia. Católicos: el genio se anuncia, como la grandeza; la virtud brilla aun en la oscuridad donde se coloca; y si alguna vez lo futuro viene á formularse en lo presente, es precisamente durante esos periodos por donde se desarrolla, para tocar á su completa madurez, el carácter de los hombres insignes. Tal se muestra á mis ojos en su vida literaria y política el sabio incomparable, el ciudadano ilustre á quien lloran hoy sobre ese túmulo las letras y la patria.

Propóngome seguir en él la carrera del sabio, y le veo con cierta especie de trasporte desarrollando ya desde el principio aquel poder sublime de la inteligencia con que se dan á conocer los talentos clásicos desde la infancia de su celebridad. Ellos retribuyen al céntuplo los honores que reciben, y por esto el Seminario de Guadaluajara y su ilustre Universidad están cubiertos hoy con el esplendor de su gloria: por esto los pensamientos del grande hombre andan germinando en el talento de muchos sabios, y por esto cada dia parecen rejuvenecer en Jalisco las memorias del SR. PORTUGAL, relativas á la época en que desempeñó con tanta gloria el magisterio ilustre de las ciencias.

Tal es el privilegio del sabio. Mas esta sabiduría tan codiciada en todos los siglos, esta sabiduría con que filósofos y políticos buscaban constantemente la gloria, fallaba siempre, bien lo sabéis, en

los momentos mas críticos de la prueba, y por eso nada era tan precario y tan dudoso como la gloria. A vos ¡ó Dios mio! estaba reservado hacer bajar al corazon las concepciones de la inteligencia, y formular en las grandes virtudes los felices efectos de la doctrina y de la ciencia. El ILLMO. SR. PORTUGAL, como el insigne Bossuet, buscaba siempre en el gran código del mundo regenerado las máximas preciosas que forman al ciudadano: sabia mui bien que el corazon del sabio se ha de abstener del mal, y que en la observancia diligente de la justicia está cifrada la primera condicion de la gloria.¹

Ya no me admiro, católicos, de ver á este hombre incomparable, mui jóven todavía, y cuando aun no habia recibido ninguna de las altas condecoraciones de la Iglesia ó del Estado, disfrutar en la capital de Nueva Galicia entónces aquellas consideraciones distinguidas que irresistiblemente atraen sobre sí los grandes hombres, por el rango personalísimo en que los colocan el genio, el talento, el sabor y la virtud. Ya comprenderéis que os hablo de una época y un teatro que, si han recibido los apodos de *oscuros* por la miserable superficialidad de nuestros dias, eran sobremanera respetables á los ojos de los verdaderos sabios: os hablo de México en una de sus mas brillantes épocas: me refiero á un tiempo en que se preparaban las ilustres carreras que mas hemos admirado despues en los altos personajes de la nacion, en que figuraban hombres que han recibido los honores del talento en las córtes de Castilla, hombres que han estado al frente de los negocios públicos ocupando la primera magistratura de la nacion, en que se educaban hombres que han llevado con honor despues la carterá del gabinete en los ministerios de Estado, en que la milicia tenia sus capitanes insignes, la toga eminentes jurisconsultos, la Iglesia sabios doctores, en que las ideas se desarrollaban con increíble precocidad, en que el Episcopado, por último, tenia modelos de todos géneros en la Santa Iglesia mexicana: os hablo de un tiempo en que se andaba y padecia mas que ahora para llegar á los últimos honores de la carrera, y en que todavía no empezaba á correr la era de las apologías. ¡Cómo encarecer bien el eminente mérito de un hombre que tuvo una primacía de eleccion para dirigir la voz de la Iglesia al primer cuerpo electoral del Estado, que recibió tantas pruebas de estimacion y de concepto en aquella ilustre sociedad, que tuvo el honor de poseer en alto grado la confianza del Illmo. Sr. Cabáñas, y el timbre bien raro de un voto académico, emitido espontáneamente para re-

¹ Eccli. 3, 32.

compensar su saber y su elocuencia?¹ De este modo su nombre corria entre las alabanzas de los pueblos y el testimonio de la Iglesia. ¡Brillante corona que pone el Espíritu Santo sobre la frente del verdadero sabio! *Sapientiam ejus enarrabunt gentes, et laudes ejus enuntiabit Ecclesia.*²

Pero los años corrian en tanto, y apresuraban la venida de aquella época en que nuestra patria, saliendo de la tutela de tres siglos, habia de alistarse en el catálogo de las naciones, aquella época en que el pais, rendido casi á la penosa contienda que habia sostenido por dos lustros, parecia vacilar entre la consumacion ó el abandono total del pensamiento que se anunció en Dolores en 1810; la época en que los golpes mas terribles, la experiencias mas costosas, los desengaños mas funestos habian como amortiguado el antiguo esfuerzo, y llamaban al terreno del consejo, del cálculo y de la sabiduría, la cuestion que se habia debatido sin órden en el campo de batalla; la época en que acaso por la primera vez el criterio político abarcaba en su pensamiento la situacion del pais; la época en que iban á sopesarse, digámoslo así, por las mas altas inteligencias de México las esperanzas y los recursos de dos grandes colonias para llegar á la independencía. Era necesario reunir á los grandes hombres, y no existian aun en el punto de exageracion que hoy conocemos esas rivalidades políticas, que han venido á crear entre nosotros cierta especie de escepticismo cuando se trata de recompensar el mérito y la virtud. Las reputaciones de esta época estaban acrisoladas en todas las pruebas, y podian pasar á la posteridad sin el inconveniente de la duda. Una de estas reputaciones esclarecidas fué la del Sr. PORTUGAL: nuestros fastos nacionales le presentan como uno de los individuos á quienes fué cometida la promocion de nuestra independencía, y en tan célebre junta, impedido por una confianza y un honor sin límites, desenvolvió aquella imponente actividad, cuyo recuerdo se conserva todavía mui vivo al cabo de treinta años.

No todos los tiempos son igualmente propicios para la celebridad:

¹ En las honras que hizo la Universidad el año de 16 á la buena memoria de su difunto Cancelario y primer Rector el Sr. D. José María Gómez, Obispo nombrado para Michoacan, habiéndose encargado los colegios de las oraciones fúnebres, el Señor Portugal pronunció una en desempeño del Seminario, y por nombramiento que de él hizo el Exmo. é Illmo. Prelado. Este discurso oratorio le mereció que el mui ilustre Claustro acordara inmediatamente, y por aclamacion, el que sin erogacion alguna de los gastos de estatuto, que ascendian en la facultad de teología á 1.500 pesos, pudiese recibir la borla de doctor. (*Relacion de méritos del prebitero Juan Cayetano Portugal. México 1830.*)

² Eccli. cap. XXXIX, v. 14.

hai siglos estériles y siglos fecundos, y la realizacion de la independencia de México forma una de esas grandes épocas donde la posteridad ve incorporarse de lleno á los héroes y á los sabios de primer orden. No podia ocultarse al Sr. PORTUGAL la conquista que acababa de hacer para su nombre; pero esto, que hubiera sido ya mucho para la ambicion, era mui poco para la virtud. Tal es la diferencia que média entre el ciudadano que forma la política y el ciudadano que forma la religion: el uno se ve á sí mismo; el otro ve siempre á la patria: el uno complica sus intereses con los intereses sociales; el otro inmola sus intereses y sus esperanzas en las aras de la prosperidad pública: el uno ve siempre al pueblo, por lo que de él espera; el otro ve siempre á Dios, por lo que de sí desconfía: el uno arrastra con pena los disgustos por entre la carrera de los aplausos; el otro soporta con dificultad los honores por el sendero de los sacrificios y el teatro de las sólidas virtudes.

De esta manera admiro el genio de la religion en el carácter social de tan esclarecido personaje, y no me sorprende ya que esos tributos de honor, que tanto relajan á veces los resortes del merecimiento, no enerven sus facultades ni detengan sus pasos por la carrera del bien. Vedle, si no, en el gran sistema de su vida política; seguidle por esa carrera vastísima que anduvo entre la admiracion y el reconocimiento. La independencia, que para otros era un objeto final, se presentó siempre á su vista como la grande transicion de un pensamiento que arrastraba de continuo su corazon á la sólida ventura, progreso legítimo, goces reales y grandeza bien entendida de su patria. Ved cómo domina esta idea en todos los pasos de su carrera pública, cuál se sobrepone á todas las dificultades, y cómo triunfa en las situaciones mas imponentes y en las crisis mas terribles.

¿Quién de todos los que al presente me escuchan, quién de todos los mexicanos echará nunca en el olvido aquella época para siempre memorable, en que, desarrollándose sobre las opiniones no sé que influencia fatal, electrizó las pasiones políticas hasta el extremo de precipitar aquella tremenda crisis que tuvo su desenlace en la expulsion de los españoles? ¿Y quién podrá recordar esta época sin ver descollar entre todas sus eminencias históricas la imágen respetable y gloriosa del esclarecido ciudadano que ha perdido nuestra patria? Preocupaciones funestas, intentos mal encubiertos, ambiciones rayando en frenesí, odios rápidamente encendidos al fuego devorador de las pasiones de partido, cálculos en que todo el porvenir se sacrificaba ante los mal entendidos intereses de lo presente, plantaron aquí y allá la semilla funesta que vino á dar

sus frutos en una ruina que la nacion mexicana no reparará nunca: en ese golpe funestamente memorable que hizo sucumbir ante las legiones armadas á los augustos representantes de la nacion, y que con el ejemplo mas humillante que presenta nuestra historia, parecieron desplomarse sobre los padres conscriptos las techumbres del santuario que encerraba con la magestad de las leyes todo el porvenir de la nacion mexicana. *Union*, dijo el héroe de Iguala, y un solo dia, una sola hora, un momento solo, por ventura, resolvió la cuestion de tres siglos. *Expulsion de españoles*, pronunciaron algunos malogrados caudillos, y en el mismo santuario de las leyes quedó violado el pacto, desapareció el grandioso elemento de la prosperidad pública: las pasiones vieron brillar su dia; pero la nacion jóven empezaba ya á sentir la parálisis que tan prematuramente habia de orillarla hasta el sepulcro. ¿Quién conjurará esta tormenta? ¿Quién pronunciará el *hasta aquí* al desenfreno de los partidos? ¿Quién desplegará sus labios, para reclamar en frente de las turbas indómitas los sacros deberes de la justicia? ¿Quién volverá por la causa de la religion y de la moral en el fondo de ese torbellino político? ¡Ah, católicos! Todo es en vano para salvar á la inocencia. *Expulsion de españoles*, pronuncia un soldado, *expulsion de españoles* clama un tribuno, *expulsion* gritan las turbas seducidas, *expulsion* resuena dentro de los muros encubiertos en que pasan los clubs; es una especie de fiebre, que cunde por todas partes. Elimínase de la historia de tres siglos cuanto podia tocar á la compasion y afectar á la gratitud; enloquécese las opiniones, prostitúyese la prensa, envilecese la crítica, condénanse los clamores de la verdad y los acentos de la justicia; y no parece sino que, para castigar el perjurio de tantos corazones avasallados á los intereses del momento, Dios dejó caer las tinieblas de la noche sobre las ántes esclarecidas mentes de tantos varones insignes. ¿Dónde está el hombre de esta época? ¿Dónde el varon celoso que ha de lanzar el terrible anatema de la posteridad? ¿Dónde la palabra triunfante que ha de pronunciar la solemne protesta de la verdad, de la justicia y de la religion contra los furores impíos de una faccion desenfadada? ¿Quién se atreverá á desplegar sus labios en una crisis tan terrible? ¿Quién querrá ser el mártir de la patria, inmolando la boga del momento y la falsa quietud de la cobardía en las aras augustas del deber? PORTUGAL, insigne PORTUGAL, esclarecido patriota: he aquí tu hora, he aquí tu teatro! A este punto del tiempo, á esta crisis de la patria te llaman tu genio, tu virtud y tu destino. ¡O dias para siempre célebres! ¡O época perdurable en los fastos de la gratitud! En los momentos mismos, católicos, en

que la iniquidad consumó su obra, la virtud cívica creó un héroe. Partiéronse las entrañas de la grande nacion, rompiéronse los lazos de la inmensa familia, hundiéronse las tradiciones gentilicias bajo las huellas confundidas de un pueblo de proscritos y un pueblo de perseguidores; pero salvóse la verdad, salváronse los principios en la vigorosa elocuencia del ILLMO. PORTUGAL; y él solo, al frente de unos cuántos escogidos por Dios, para que el error y la iniquidad no prevaleciesen, quedó en pié sobre tantas ruinas, anatematizando lo presente y salvando el porvenir.

¿Qué no podría decirnos, hermanos míos, si analizando toda su vida política, ó bien, siguiéndola paso á paso con la mirada profunda de la reflexion, me empeñase ahora en mostrar uno por uno los cuadros magníficos que ella contiene? ¿Quién olvidará jamás aquella elocuencia varonil, aquella lógica irresistible, aquella fuerza de persuacion, aquel grave peso de autoridad que habian legado á ser sus caractéres, y que se recordaban con solo su nombre? Sus mismos enemigos en el debate parlamentario rodeaban su tribuna cuando se anunciaba con la palabra, pagando así al orador insigne un tributo de admiracion y gusto, en los momentos mismos en que tronaban tambien contra el antagonista. ¡Admirable triunfo, que no consiguen por sí los mas bellos talentos, si no cuentan con el ascendiente de la autoridad y los respetos de la virtud!

¿Quién extrañará, pues, que aquel carácter social de primer orden haya constantemente fijado la opinion pública para los mas delicados empleos? ¿Quién no ve, que solo la voz de la religion, llamándole á un principado de la Iglesia, pudo haber hecho que hubiese quedado vacía la silla curul que habia ocupado con tanta gloria?

Mas no imaginéis por esto, católicos, que su advenimiento al episcopado hubiese apartado su corazon de las exigencias imperiosas, de las grandes crisis, de las glorias ó pesadumbres de la patria. Nunca olvidarémos aquella época en que las facciones triunfantes le mandaban á una parte, y la opinion pública le fijó en otra; en que marchando al destierro, entró en el gabinete; y en que, anticipándose tal vez aquella triste melancolia con que agrava el corazon del proscrito la imagen de la patria, se vió súbitamente convertido por la Providencia divina en un agente de la restauracion social, en órgano del poder público, bajo la investidura honorífica de *Ministro de Justicia y Negocios eclesiásticos*, cuando se trataba nada ménos que de restaurar la moral casi perdida, y de reponer á la Iglesia en los derechos que á mano armada le habian disputado las

pasiones políticas desde los escaños del congreso y los palacios de los gobiernos.

Pero qué, ¿esto es todo? Sin duda alguna que ha ganado mucho lustre para la simple celebridad el ciudadano eminente que logra recorrer tantos grados por esta escala bien difícil de honores y de confianza pública: mucho es haber merecido el derecho de sufragio en las juntas electorales, pagado á la patria un cuantioso contingente de saber en las grandes discusiones, oprimido el error sofístico bajo el influjo de una dialectica irresistible á la faz de ilustres galerías, avasallado el talento de la oposicion entre los aplausos del pueblo y ante la imagen seductora de la verdad triunfante en los parlamentos, encadenado la opinion, electrizado el entusiasmo y subyugado las pasiones con el ascendiente y bajo el poder de la elocuencia tribunicia. Pero vuelvo á decir: ¿es esto todo? Yo interpele á vosotros, políticos profundos, sabios distinguidos, los que habéis ocupado y ocupáis aún los primeros asientos en la noble categoría de nuestros hombres de Estado, los que sentís palpar vuestro pecho cuando se habla de triunfos y derrotas en las vicisitudes inapreciables de la opinion, los que hojeáis el libro fugitivo de vuestras memorias políticas cuando se trata de caracterizar el influjo vário del talento, del genio y de la accion en la marcha de los negocios y en la suerte de la sociedad. ¿No es verdad que no se han limitado á solo esto vuestras aspiraciones patrióticas? ¡Ah! si en tan excelentes rasgos de un carácter político estuviera cifrado todo el bello ideal del ciudadano eminente, la gloria seria de muchos; pero la gloria es de pocos, porque pocos en verdad llegan al *non plus ultra* del merecimiento y del concepto público. Sea que en esta noble prerogativa del genio y de la virtud figure solo el cálculo de la inteligencia en el gobierno de la conducta, sea que juegue tambien con sus caprichos la fortuna vária de los hombres, pocos entre ellos hai que cuenten con la luz y fuerza necesarias para salir del torbellino tenebroso de las contiendas civiles á presentar, con una frente limpia y un continente reposado y magestuoso, al hombre *sin miedo y sin tacha* de la historia, al héroe civil, si me permitís la frase, que despues de haber electrizado la imaginacion, ha recogido los triunfos mas espontáneos y universales entre las turbas beligerantes, en medio de las crisis mas peligrosas y con el beneplácito de todos los partidos. Esto es ya mucho, católicos, esto es todo, porque esto es la gloria en el orden civil; y, demos á Dios las gracias, esta gloria social fué la propiedad cívica, digámoslo así, del ILLMO. SR. PORTUGAL, considerado como ciudadano, como elector, como diputado, como senador, como ministro,

como patriota y como verdadero mexicano. Dios nos dió una patria, y quiere que la amemos: á Dios vuelva la gloria de que México cuente entre sus hijos un modelo tan perfecto de todas las virtudes sociales.

Pero católicos, decidme: si hubiésemos de suprimir de aquí las ideas de la religion; si en la imponente categoría de tantas causas impulsivas de la conducta social no figurase, y en el mas excelso rango, el verdadero fin del hombre, cifrado en amar á Dios sobre todas las cosas, para verle y gozarle eternamente; si con tan penosos é ilustres esfuerzos no ambiciona el ciudadano distinguido sino el incremento de los honores, la boga popular, el respeto y la admiracion del mundo; ¿qué viene á ser todo esto que acabo de presentaros como un tegido brillante de preciosas margaritas para ornar las sienes de mi héroe? Dicho estaba por el sabio mucho tiempo ántes de que la gloria cubriera con sus albores póstumos las elegantes estátuas de los Demóstenes y Tulios, de los Cincinatos y Camilos y tambien de los Constantinos y Carlo-Magnos. ¡Vanidad! ¡Vanidad! ¿Quién puede pasar su vista por las primeras páginas del Eclesiastes, de esta tristísima recapitulacion de todas las grandezas humanas, que hace la Verdad por esencia en el primero de todos los libros; quién, que acabe de leer estas páginas, tendrá todavía calor en la sangre, colorido en la imaginacion, aliento y ánimo, para escuchar sin frialdad esas narraciones fastidiosas de unos hechos, ruidosos é ilustres: si queréis, pero en que no hayan tenido parte alguna la religion y la moral?

Acordáos de aquel Rei en quien parecian competir la gloria y la sabiduría; acordáos de aquellos instantes solemnes en que, llamando á la revision la historia de un reinado magnífico, pronunció á la faz de los siglos dos palabras que han quedado vivas sobre los sepulcros, para perpetuar en el pensamiento de las edades futuras todos los desengaños: ¡Vanidad de vanidades!! Acordáos de aquel rigor inflexible con que somete á la lei de la nada hasta lo que ménos accesible parece á los embates de la muerte, es decir: las producciones del pensamiento: "Yo he aplicado, decia, mi corazon al pensamiento de la prudencia y de la doctrina, de los errores y desaciertos; mas he visto que aun esto no era mas que aficcion de espíritu." Acordáos de aquel sublime resúmen que hace de la misma naturaleza, de aquella vista profética sobre el mundo físico y moral, de aquel exámen severo de cuanto pasa en el orbe entre la admiracion y la fama, reducido todo, bien lo sabéis; á la triste condicion de la vanidad. "He presenciado todo cuanto pasa en la tierra, decia, solo para desengañarme de que todo es vanidad y aficcion

de espíritu."¹ Pero al ménos, será placido para el alma el pequeño rato de la existencia: pasa la gloria efimera del tiempo; mas pasa entre las risas y los placeres. ¡Ah, católicos! ¡vano consuelo, triste y miserable recurso! ¡Vanidad!! ¡Vanidad de vanidades, y todo vanidad!!!

Si en esto pues, vienen á parar todas las cosas; si las concepciones ilustres, los caracteres eminentes y los hechos famosos, pierden hasta su significado propio en el sepulcro, riquezas, magnificencia, talento, genio, poder, grandeza, celebridad, gloria, términos excepcionales, expresiones negativas con que la vanidad intenta de continuo fascinarse, abandonad por fin nuestro entendimiento y nuestro corazon, para dejar el campo libre á la moral; salid hasta de las páginas de nuestros libros; no vengáis á tiranizar con vuestras imposturas nuestra existencia, atrayéndonos de continuo hácia esos lechos de flores que os complacéis en tender sobre las lozas de los sepulcros! ¡No nos impongáis con vuestros vanos prestigios la dura lei de invocaros, ni ménos aún en estas festividades de la muerte!

Ya no me admiro, católicos, de haber visto colocada la abnegacion de sí mismo en lugar de la grandeza, del brillo y del poder en el código sublime de la gloria: no me pasma ver alguna vez vacíos los tronos, y abandonadas las cortes para poblar los desiertos y habitar los claustros. Ya sé por qué los Crisóstomos y Basilio huían, como la paloma amenazada por la saeta, de una mitra que venia á colocarse sobre su frente, y no me confunde ver á los Jerónimos y Agustinos desdeñar los laureles de los Demóstenes y Tulios, á la vista de una cruz de madera. Nada tiene de extraño para mí que el ángel de las escuelas católicas haya preferido á Dios sobre todo, cuando Dios venia ex-profeso á ceñir sus sienes con la corona que quisiera escoger en recompensa de la sabiduría con que estaba admirando al mundo. Ya comprendo por qué las rojas palmas del martirio crearon una pasion, digámoslo así, en el pecho de los primeros cristianos, y por qué el Apóstol de las gentes, despues de haber visitado el Areópago, no queria saber mas que á Jesucristo crucificado. Todo lo que el tiempo mide y la muerte toca, no merece fijar nuestra atencion: nada de lo que concluye es duradero, y una alma nacida para la eternidad no puede encontrarse bien bajo el cómputo mezquino del tiempo.

¡Infeliz de mí, católicos, desdichado tambien de mi héroe, si no

¹ Véase el capítulo del Eclesiastes, de donde se ha tomado el fondo de esta prueba.

hubiésemos comprendido la gloria como la pinta y retrata el Espíritu divino por la boca de Salomón! Su vida entónces y su gloria se habrían evaporado sobre esa tumba, y mis alabanzas se perderían en el desierto, como los fugaces brillos de la vanidad en las tinieblas del sepulcro. Pero no es así. Predestinado por la gracia para edificar con las lecciones y los ejemplos de una verdadera sabiduría, el Sr. PORTUGAL sorprendió el desengaño en su corazón desde la mañana de la vida. Mas instruido en la ciencia de salvarse que en el arte de distinguirse, sabía muy bien el uso que debía hacer de las grandezas de este mundo, y comprendía la eterna subordinación en que Dios ha querido colocar los atributos de la gloria.

No estaba en su mano, bien lo sabéis, desprenderse de la luz que le rodeaba por todas partes. Por una razón contraria, la gloria sigue al géneo y á la virtud, como la sombra sigue al cuerpo. Tembló delante de su fama; entraba en alarmas continuas al contemplar su influencia; agotaba los recursos para contrabalancear los espléndidos homenajes que á cada paso se le ofrecían: su deber, desarrollando esa acción maravillosa que tiene tan pocos imitadores, daba un incremento continuo á su grande reputación, y su conciencia, siempre al frente de la eternidad, parecía convertir en tormento lo que otros codician para su corazón cuando persiguen la gloria. Estudiaba sin cesar sus propios defectos, observaba escrupulosamente su limitación, retiraba suavemente cuanto pudiera lisonjear su amor propio, y se afirmaba, como una inmensa estatua de bronce, sobre el cimiento de la mas humilde abnegación, para sostenerse á la vista de su propia celebridad. Inoculó para siempre la gratitud en el corazón de sus conciudadanos, porque amaba al prójimo como á sí mismo; pero cerró siempre las puertas del suyo al concepto elevado, á la constante admiración que producía y á los tributos eminentes y espontáneos que se le prodigaban, porque nunca quiso ver al hombre en la grandeza, porque amaba á Dios sobre todas las cosas; y ya que no le era posible renunciar á la celebridad, sorprendiendo el secreto de hacerla sólida, quiso incorporarse todo en las glorias inmortales de la virtud. A cada triunfo un sacrificio, á cada homenaje de la tierra una oblación al cielo, á cada rayo de gloria una secreta confusión: he aquí su admirable táctica, para sostener con vigor y con buen éxito esa no interrumpida contienda que la humanidad sufre, durante su travesía por la vida, entre los sentidos y el espíritu, entre la religión y el mundo, entre la gracia y la naturaleza, entre la virtud y la gloria.

¡Oh, si me fuera dado analizar aquí, para edificaros con su misma grandeza, todos los eminentes caracteres de su carrera social,

seguir uno por uno todos sus triunfos en las grandes vicisitudes de la política, para mostraros en el gran principio que gobierna la acción del cristianismo la fuente de la prosperidad pública, el agente supremo de la civilización y el timbre católico del verdadero ciudadano! Mas yo debo llamar las glorias del Sr. PORTUGAL á la región de los sentimientos mas íntimos de todos los michoacanos, encarecer su preciosa vida en sus relaciones vastísimas con esta Santa Iglesia de Michoacán y toda la Iglesia mexicana, distraeros del ciudadano al Pontífice, para que observéis la gloria de Dios en el todo mas completo; trazaros el cuadro magnífico de sus virtudes apostólicas; y para ceñirme á una sola palabra, mostrar las glorias del episcopado en el genio y las virtudes de nuestro último Pontífice, dejando correr por todo este respetable auditorio el perdurable lustre de una institución sublime que ha domado la barbarie, creado la civilización moderna, garantido las leyes, conservado el culto, depurado los principios, vindicado la fe, extendido la esperanza estrechando los vínculos del amor, desarmado al cielo y santificado la tierra.

SEGUNDA PARTE.

Hai, católicos, un estado cuyos caracteres elevan al hombre sobre las primeras cumbres de la tierra, para difundir la luz que purifica y enriquece la inteligencia, y el valor que forma las grandes virtudes, regir la conducta de los pueblos y enderezar al goce pleno de la mas alta ventura la siempre difícil y turbulenta marcha de toda la humanidad: un estado de misterio, por explicarme así, en que se personaliza la sublime alianza entre los cielos y la tierra; un estado que resume cuanto los otros tienen de expansivo, benéfico y fecundo, y en que un solo ministro, tomando á su cargo la suerte y la felicidad de todos los hombres, no lleva el nombre de *padre* y de *pastor*, sino porque á él toca por derecho difundir todas las luces, impedir todos los males, producir todos los bienes, enjugar todas las lágrimas, formar todas las virtudes y expedir el diploma decisivo para la eternidad: un estado, por último, que afirma el poder, santifica la obediencia, conserva la moral, enseña la verdad, patrocina la virtud, consolida la grandeza y diviniza la gloria; en que el hombre ha llegado á reunir en un solo punto los intereses de Dios, los de sí mismo y los de todo el género humano, y en que no parece morir para el mundo, sino á fin de conquistar la inmortalidad de los cielos.